



*A Piedita Iturbe, Marquesa de Belvis de las Navas*

*Para copiar tus gracias infinitas  
menguadas son la pluma y la paleta;  
las artes del pintor y del poeta  
no reproducen cosas tan bonitas.*

*¡Belleza y caridad! Las dos hermanas  
que te esperaban cuando tú naciste  
y van contigo por el mundo, ufanas;  
pues, mientras que deslumbras en salones,  
en el oscuro hogar del niño triste  
¡te acogen sin cesar con bendiciones!*

*Primores mil, bellezas exquisitas,  
luce tu cara bajo tu peineta;  
mas con algo ese encanto se completa:  
que te llaman Piedad... y la ejercitas.*

# ARTE Y CARIDAD

## FESTIVAL EN TIEMPOS DE GOYA

*Todo Madrid acudió a este baile brillante y extraordinario, que tenía, además del artístico, el noble fin de la Caridad. Hasta la anciana y respetable duquesa de \*\*\*, antigua e ilustre amiga nuestra, retirada de los fastos del mundo hace muchos años, hizo el extraordinario de asistir. Y he aquí el tierno coloquio de la noble dama española con su antigua doncella de confianza:*

### LA FIESTA

**V**AMOS a ver, mi buena y fiel Teodora, si me preparas bien mis trapitos de cristianar. Quiero decir que saques «el fondo del baúl». Lo más lujoso, lo mejor. Aquello mismo que nos poníamos las damas de mi tiempo y antes hubieron de ponerse las del tiempo de nuestros ascendientes para acudir a la ribera del Manzanares en los campos de la Florida, o a la casa de la de Alba cuando ella recibía. ¿Me entiendes, Teodora, me entiendes? Fíjate bien, porque tus años no pasan en balde y algunas veces estás tarda en comprender. Recuerda, mi servidora fiel, que esta noche es el baile de Caridad en el Real, y yo quiero asistir. Recuerda que la fiesta—para muchos niños desvalidos—tiene un marcado carácter goyesco.

Y no te olvides de que tú misma te has hecho lenguas muchas veces de mis altas peinetas de concha y de la blonda y los encajes de mis mantillas.

Quiero ser joven otra vez, Teodora. Quiero asistir al baile. Quiero pasear mis años, mis recuerdos y... mis ilusiones—las tengo todavía—por la amplia sala del Real. Quiero alzar sobre mis cabellos de plata la concha rubia de la más gentil de mis peinetas, y sobre ella dejar caer la negra blonda de mi mantilla española, esa mantilla que—tú lo sabes, Teodora—ha de cubrir mi cara cuando muera. Hay que revivir, Teo-

dora, hay que revivir. Déjate de pesimismo y de inquietudes. Lo que sea sonará, y no sonará mal. Hay que ir al baile. Que se trata de un baile de caridad y van los Reyes, y van los Infantes, y van las damas y galanes de la Corte y muchas señoritas y pollos que sueñan con la fiesta, y va todo el mundo.

Los artistas, esos artistas que se llaman Moreno Carbonero, y Beruete, y Comba, y

muy niños aññe su alma y asista a ella una vieja muy vieja... que soy yo.»

.....  
«Señora duquesa, señora duquesa... ¿Se ha quedado dormida la señora duquesa? Perdóne la señora duquesa que la llame, pero va siendo tarde, y como la señora dijo que quería llegar de las primeras... Ya está todo, señora duquesa. ¡Pero cuántas cosas tiene la señora duquesa! De algunas ni me acordaba ya siquiera. Y todo está como si se acabara de comprar. ¡Lo que tienen las cosas buenas! Ya tiene sobre la cama la señora duquesa la mantilla y la falda, y el corpiño de morado terciopelo, y no sé cuántas peinetas, para que escoja. Hasta he sacado de la vitrina de la sala esa de concha y oro que dice la señora duquesa que paseó muchas veces con soberana gracia la señora reina Doña María Luisa.

Vamos, señora, abandone la butaca, agárrese a mí y comencemos a vestir a la señora, que, como ya no está muy ágil, hemos de emplear bastante tiempo. ¿Van a venir a buscar a la señora duquesa las nietas de la señora duquesa? No, no. Ahora recuerdo que dijo la señora que no. Que cada uno por su lado y con todos Dios. Pues vea la señora cómo está todo.

¡Qué falda, qué mantilla! ¡Poco guapa que va a estar la señora! Nunca la vi con estas galas. Si la señora no lo tomase a mal, hasta

le diría algo que se me está ocurriendo ahora. Que no me extrañaría que sacase novio.»



*Reproducción del tapiz «La Gallina ciega»*

Florit, y Pardiñas, y... no sé cuántos más porque mi memoria no me es ya fiel... ¡ah! sí, y Mateo Silvela... han adornado el teatro, según dicen, y la aristocracia ha repartido billetes y, vamos, que va a ser lo que se llama una fiesta grande y española. Y siendo española y teniendo, como dicen en aquella obra... ¡ah! sí, *La verbena*... mi corazoncito, ¿debo faltar? No, no. Debo acudir, y acudiré. Por eso te digo que me saques mis arracadas y mis mitones, y mis collares de corales y mi falda amarilla con la sobrefalda de encaje negro, que yo, aunque vieja, quiero rendir mi modesto homenaje al glorioso pintor aragonés y vestir las galas que él pintó tantas veces en su casita de extramuros.

¡Bendita sea la fiesta, Teodora, bendita sea la fiesta que trae a nuestro espíritu aromas de otras épocas! Claro, Teodora, que entonces no había tranvías eléctricos, ni metropolitanos, ni eso que llaman sindicatos y que tantos disgustos parece que traen al país, pero había—¡ay, sí!—mucho más patriotismo y más energía y, vamos, Teodora, que hervía la sangre de otra manera dentro de las venas.

¿Conque me has entendido? Yo creo que sí. Prepárame lo mejor de lo mejor. Voy a vestir mi cuerpo con cosas de otros tiempos. Pero no es esto lo mejor. Lo mejor es que también voy a vestir el alma con los encajes de mi niñez. Y esto no se puede hacer más que en ocasiones solemnes.

Fiesta de caridad para los niños, ¿no es eso? Para los niños desamparados de las naciones beligerantes, para los huerfanitos de la Guardia civil española, para ese comedor de madres lactantes del Paseo de Martínez Campos, ¿no es verdad? Pues como la vida no es sino un puro contraste, no te choque, Teodora, que en una fiestecita para niños



*Señorita María Luisa Vigo*

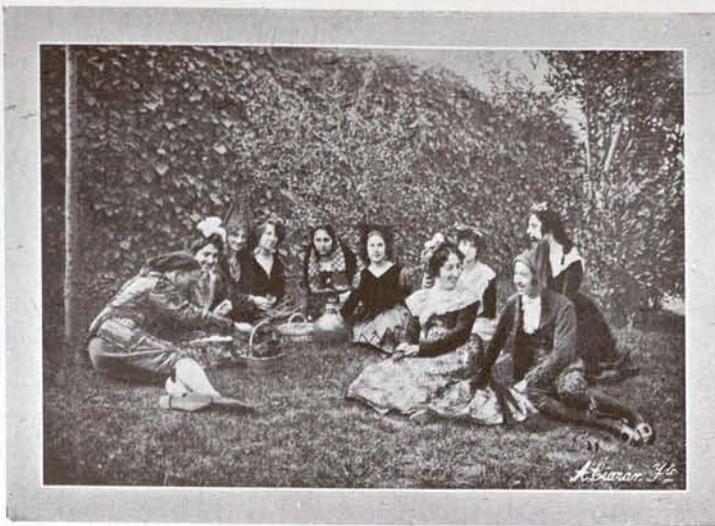


*D. Agustín Figueroa*

«Adiós, Teodora, mi buena y fiel Teodora, adiós. No dirás que no tienes una señora como es debido. Así somos las españolas. Cuando es menester no reparamos en edad. Y lo mismo nos metemos en la cama a las ocho de la noche, entre botellas de agua caliente, que no nos metemos a ninguna hora; y lo mismo hacemos una reverencia de corte ante una reina, que ponemos nuestra mano de seda sobre el rostro de un desaprensivo. ¿No se dice ahora así?  
¡Ajajá! ¡Viva España! Y su cielo, y su sol, y su arte y sus muje-



Señorita Carmen Icaza



Reproducción del tapiz «La Merienda»

de mi palco, he vertido una lágrima por aquel tiempo que se fué y esta noche revivido al conjuro de un latido de caridad. Y a solas con mi lágrima y mis recuerdos, ante aquel conjunto de mantillas y peinetas y caras bonitas, he gritado mil veces: ¡Viva España! Tú no te puedes imaginar, Teodora, nada más bonito que el efecto del teatro Real en esta noche inolvidable. Yo no sabré describírtelo porque yo no soy literata. Pero te aseguro que yo no he visto nada tan bonito.

Mira: largos y artísticos reposteros cubrían totalmente la barandilla de los palcos en greca dispuesta del modo más decorativo. En los centros de los reposteros, rojos, blancos y amarillos, había unos escudones con las armas de la Casa de Borbón. En otros corrían unas artísticas cartelas con el rótulo «Fide Goya». Guirnaldas de ramaje corrían contorneando las barandas. En el palco regio, de gala, lucían al fondo dos magníficos tapices con artísticas bordaduras. En la parte de la sala que corresponde al escenario, y sobre decoración de suntuoso valor, había colgada otra colección de tapices magníficos. Al fondo estaba la tribuna de la orquesta del Real, dirigida por el maestro Francés. A la izquierda se levantaba otra, en que estaba la orquesta de baile de los Jazz-Band, que tocaba

los *one step*, *fox* y *ragtimes* más de moda. ¡Qué palabritas, hija, qué palabritas!

Delante y a los lados de la gran tribuna de la orquesta, y encuadrado por dos reposteros, se hicieron los cuadros, reproducción de los más célebres de Goya.

No dirás que no me fijé bien en el adorno. Gracias a mis gemelos, Teodora, que no tienen precio. Ellos me permitieron ver bien a la Reina. ¡Qué hermosa estaba! Blanco era su traje, brillantes eran sus joyas... Es decir, su cara es la mejor de las joyas, como es la más



Señorita Anita Icaza

res. Esto de las mujeres no lo digo por mí, Teodora, al mirarme en este espejo. Pero lo digo por las que seguramente voy a ver lujosamente ataviadas.

¿Está el coche? ¿Sí? ¿Por qué no tendré yo ahora una calesa? Pues en marcha. Adiós, Teodora, adiós. ¿Querrás creer, mi buena Teodora, que voy un poco emocionada? ¡Si hasta parece que el corazón me brinca gozoso! ¡¡Si me habré vuelto joven de verdad!!»

«Teodora, Teodora, mi buena y fiel Teodora, vengo muerta. ¿Qué hora es, Teodora, qué hora es? Me olvidé el reloj. Como tú eres la que cuidas de mí, no me interesan grandemente los relojes. Pero esta noche me hubiera hecho falta. Vengo muerta, Teodora, ya lo has oído. ¡Qué fiesta, hija, qué fiesta! Rumbo, gentileza, aristocracia, música, arte, flores y mucho y muy sano españolismo. ¡Qué conjunto tan bello, Teodora! Intimamente, a solas en el rinconcito



Reproducción del tapiz «El Pelele»

bella de las flores. Allí el Rey, este joven Monarca hacia el que van hoy las miradas de todos, como ponemos nuestros ojos en una esperanza, vistiendo su uniforme de Infantería. Parecía preocupado, Teodora, muy preocupado. Allí la Reina Cristina y la Infanta Isabel, y el Infante Don Fernando y los príncipes Don Ramiro y Don Felipe. Ocupaban el palco de diario, estando en el de gala la alta servidumbre, como damas de guardia, la condesa de Paredes de Nava y la marquesa de Bondad Real y la condesa de Fontanar, y la señorita Carolina Carvajal y la señorita Juana Bertrán de Lis, y los Grandes de España duque de Hornachuelos y marqués de la Viesca de la Sierra y el comandante de la Escolta Real, conde de Gondomar. Todo esto lo vi con mis ojos. Y como tampoco me falta el oído, pude escuchar, puesta en pie, naturalmente, y con todo respeto y reverencia, la ovación tributada a Sus Majestades cuando se presentaron en el teatro.

¡Qué de aplausos!

Entonces hubo, Teodora, un bello instante. Se levantó el telón y se representaron unos cuadros de Goya. ¡Admirable, Teodora! Yo calé bien mis gemelos sobre mis ojos y pude conocer a los aristocráticos intérpretes. Componían el de *La familia de Carlos IV*, cuyos trajes han sido copiados perfectamente, D. Juan Carcer y Disdier, que era el propio monarca Carlos IV; la reina María Luisa, de alta figura y muy bien vestida, Amparo Buena Esperanza; la infanta María Amalia, la encantadora Blanquita Borbón, que cruzaba su pecho con la banda de María Luisa; la princesa de Parma, reina de Etruria, personificada por la gentil Afriquita Carvajal; en sus brazos sostenía al infante niño, que era un admirable muñeco de Piedad Iturbe, vestido con faldón de encaje.

El príncipe de Asturias (luego Fernando VII) era Agustín Figueroa, hijo de los condes de Romanones, que copiaba maravillosamente la figura; el príncipe de Parma, Fernando Carcer; el infante Don Antonio, José Luis Torres, hijo del diputado por Algeciras; otras infantas, Lola Conrotte y la señorita de Yagües, y el infantito Don Sebastián, el precioso niño Ignacio de la Huerta, hijo de los duques de Mandas, con su traje rojo y la banda de Carlos III.

Todo el cuadro era un prodigio por su brillantez y propiedad. En él había detalles interesantísimos, como el antiguo collar del Toisón, que ostentaba Agustín Figueroa, y la gran cruz de Carlos III que lucía el infante niño, que conservaba de su abuelo la condesa viuda de Aguilar de Inestrillas.

Escucha, Teodora, escucha. A nuestra derecha admirábase la reproducción de *El Pelele*. Las figuras, cuyos trajes se reproducían fielmente, eran las señoritas María Cabrera, Carolina Blasco, María del Carmen y Amelia Suárez y señorita de Picatoste. Estaban en la actitud de mantear el

pelele, que era, por cierto, un muñeco muy bien hecho.

A la izquierda formaba digna pareja el tapiz de *La gallina ciega*: una maravilla de reproducción y un alarde de belleza.

La joven del sombrero y del traje de color «pulgá» era Conchita Dato, cuyo vestido era un asombro de reproducción. La florera estaba muy bien representada por Isabel Lamarca. Las demás muchachas eran Lola Luque, Rosario Gayangos y Gloria y Carmen Alonso Quesada.

No menor elogio merecieron los muchachos, que eran los dos hijos de los condes de Heredia-Spínola, admirablemente vestidos de majos, Antonio Cárcer y Domingo Bauza.

Delante del escenario, a ambos lados, agrupábanse otras muchas figuras goyescas, más de cien. Allí lucían su gentileza varias duquesas de Alba, D.<sup>a</sup> Tadea Enríquez, la marquesa de Lazan, la Tirana, el alcalde de Móstoles, ilustres caballeros, majas y mano-



Señoritas Josefina Cedillo y Pepita Pimentel



Manuel Comba y la señorita de Pimentel

los, con sus faldas de medio paso aquéllas, y sus ricas chupas y redecillas éstos; currutacos, petimetros y un sin fin de personajes más, agrupados los unos, aislados los otros, éstos de pie, tumbados aquéllos. Eran una completa y maravillosa alegoría de la obra de Goya y un verdadero homenaje al insigne y castizo pintor.

En primer término figuraban los uniformes de soldados de la guerra de la Independencia, que se hicieron bajo la dirección de Moreno Carbonero en la época del centenario.

Al surgir los cuadros, el público todo rompió en un estruendoso aplauso, que iniciaron los Reyes, justo premio a aquel primor de arte y de buen gusto. Durante algunos minutos se prolongó la entusiasta ovación.

En este momento adelantó al proscenio una figura, que no todos pudieron ver, perfectamente vestida y con una careta admirablemente hecha. Era el propio D. Francisco de Goya, que salía a saludar y dar las gracias al público.

Cesaron los aplausos, y la orquesta del teatro Real comenzó a tocar un minué, al que siguieron unas seguidillas de la orquesta Rosillo. Súbitamente se animaron las figuras. Las de *La gallina ciega*, que inclinaban la cabeza, esquivando los golpes del hombre del cucharón, dieron vueltas, jugando al corro. Las de *El pelele* saltaron también y lanzaron al alto su muñeco.

Poco después se disolvieron los grupos, mezclándose las figuras con las que ocupaban el resto del salón.

Lindo, lindo, lindo de veras. Cada vez, Teodora, me alegraba más haber ido. Después mi vista se dispersó por la sala. ¿Cuántas personas habría? Yo no sé, yo no sé. Pero yo si sé que no había visto nunca tanta gente reunida. Únicamente me acordaba de otro gran baile que hubo, en el Real también, siendo gobernadora la señora condesa de San Luis, y que ella organizó muy acertadamente. Pero aquel no fué un baile de carácter en la indumentaria. Aquel fué un baile «de cabezas». Entonces ¡que había tantas! Pero ajustémonos al de hoy. Junto a mi palco oigo que dicen: «Doña María del Pilar Teresa Cayetana de Silva Alvarez de Toledo, la décimatercera duquesa de Alba, burlando la vigilancia del palacio de Liria, ha logrado venir esta noche a la artística fiesta, a rivalizar, como de costumbre, con la Reina María Luisa y con la duquesa de Benavente.» Y miro y me fijo bien, y bajo el atavío descubro el bello rostro de la señorita María Josefa de Zulueta, hija de la marquesa de Alava. Y sigo escuchando y oigo que vuelven a decir: —Pues ¿y la famosísima Doña Tadea Arias de Enríquez, divinamente encarnada en la señorita de Ortil, sobrina del general Ochando, y la maja goyesca que la hija de este mismo general, tierno vástago de una estirpe de bellezas, representa a maravilla?

¡Y aquella marquesa de Santa Cruz ha venido también a la fiesta, envuelta en los



Señorita Conchita Dato



Princesa Fabiola Máximo de Borbón.

La señora del embajador Sr. De Ory lucía negra y espléndida mantilla, que caía sobre su distinguida figura como un manto de corte; la señora de Tascón lucía también negra mantilla; la marquesa de Armendáriz, la de Benicarló, la señora de Palmer, la del subsecretario de Estado, señora de Palacios; la del Sr. Alvarez de la Ribera, la del Sr. Vasco de Quevedo... todas, todas con mantillas y peinetas y pañolones. ¡Ay mi Madrid de mi alma, Teodora, cómo revivía anoche en el Real! Hasta la ya citada señora de Palmer, Mrs. Palmer, esposa del Cónsul de los Estados Unidos, y hasta Mlles.—lo diremos en francés—Scassi y Jaeger, hijas del ministro de Grecia y del Consejero de Suiza, enmarcaban sus rostros entre las mantillas españolas.

No se cansaba mi vista de mirar y mirar. ¡Qué hermoso conjunto! En los demás palcos, y circulando por la sala, he visto a muchas damas más que se hacen lenguas de la

Valdeiglesias, una deliciosa chispera, con traje botón de oro.

Dolores San Adrián, de blanco, con banda roja y antiquísima mantilla de encaje negro. La señorita Rosario Almodóvar era una verdadera gitana, con manto rojo; y una mantilla de casco, forrada de raso coral, realizaba la belleza de Isabel Maluque.

Las dos señoritas de Cavestany, de majas; Inés Pardo, con un magnífico mantón bordado en colores; la señorita de Vigo reproducía fidelísimamente el retrato de D.<sup>a</sup> Tadea. Amelia Romea, vestida de color rosa, con mantilla blanca. Y una maja con mucha majeza era la señorita Margot Calleja.

¡Ay, Teodora! Te aseguro que todo era un encanto. Pero el caso es, mi fiel servidora, que yo no te puedo detallar más. ¡Ah, sí! Almudena Cortezo—hija del ilustre doctor—y su hermana Esperanza vestían de «Tirana» y de maja. Un primor, un primor. Y no sé por qué me parece que el ilustre Comba fué

quien anduvo en la confección de los trajes. Sarita Benicarló era otro encanto. Pues ¿y la señorita de Lozano y su hermana la señora de Gamboa y la señora de Lanzarote? ¡Vaya tres damas con gracejo! Y en el Real he visto también, Teodora, a esa señora de Cánovas del Castillo (D. Jesús)—por otro nombre Elvira Rey—vestida muy acertadamente con arreglo a la época. ¡Y cuidado si estaba guapa! Le brillaban sus ojos negros como luceros del cielo. Y al pasar, oigo que, recordando el clásico cantar, le dicen:

Esos ojos no son ojos, sino lazos que me tiendes; son balas con que me tiras, cadenas con que me prendes

nítidos cendales del traje que lleva gallardamente la señora de Gamboa! Y nada menos que del Museo de Budapest ha llegado, con su cántaro de esmalte verde y su pintoresco atavío, la figura de *La aguadora*, que la bella señorita de Icaza representa.

¡Qué te parece, Teodora! ¡Qué opinas tú de todo esto!

Junto a mí están yo no sé cuántas bellezas juveniles. Preside un palco la señora de Luca de Tena (D. Torcuato), y con ella están las señoras de Luca de Tena (D. Fernando, D. Juan Ignacio y D. Eduardo), las dos señoritas de Luca de Tena—Valentina y María del Pilar—y las señoritas de Ochando y Alvear. ¡Qué bien vestidas iban, Teodora! En otro palco, en el de la duquesa de Fernán-Núñez, se habían congregado dos bellezas a cuyos ascendientes retrató el mágico pincel del artista: la una era Cristina Falcó hija de los marqueses de la Mina que con su mantilla y su traje blancos y sus pendientes largos de diamantes parecía haberse inspirado en la *Señora con mantilla blanca* que se admira en el palacio de San Telmo; la otra, Paloma, hija de los duques de Montellano, dejaba caer la blonda negra de la mantilla sobre ancha peineta abrigada y calzaba mitones de encaje negro.

¡Cuánta gente, Teodora, cuánta concurrencia! ¡Qué desfile tan interesante de bellezas! Cruzan la sala las hijas de la duquesa de Hornachuelos (María-Matilde, Rosario y Pura) cuya belleza emerge de la blonda negra de la mantilla; la señora de Díaz Moreu, la del Dr. Perera, las señoritas de San Miguel y de Martínez Campos y de Benicarló, esa preciosa americana que se llama la señorita de Giquel, sobrina de la Sra. de Cuesta; la marquesa de San Eduardo y su hija y la ahijada de la señora Saint-Aubin; la marquesa de Faura con sus hijas, la condesa de Cabarrús, la del Vado, la de Limpías... todas con guayescos atavíos.



Señorita Agueda Vigo y señor Carcer

fiesta: las embajadoras de Inglaterra, Estados Unidos e Italia; princesa Pío de Saboya, duquesas de Montellano, Plasencia, Tarancón, Seo de Urgel, Vega, Parcent, Victoria, viuda de Sotomayor, Pastrana, Noblejas, Valencia, Santa Elena, Tovar, Torres, Ahumada, Medina de Rioseco y Unión de Cuba.

Admirablemente vestidas las señoritas Carmen y Felisa Fernández Latorre; muy guapa y perfectamente vestida también Menene Somoancho. Con mantilla blanca y un hilo de perlas sobre la frente, la señorita de Ximénez de Sandoval.

La duquesa de Mandas vestía un auténtico traje del tiempo de Goya; la señora de Argota iba de maja; Ventura Manso de Zúñiga, muy bien vestida; María Luisa Pérez del Pulgar era una chispera encantadora, vestida de rosa y encajes blancos, y María Goicoerrotea, una maja, con mantilla de casco, muy graciosa. Las señoritas de Semprún eran dos damas de la Corte, lindísimas. Conchita



Princesa Margarita Máximo de Borbón



Señora de G. de Salamanca.

La condesita del Recuerdo era una admirable Agustina de Aragón; una D.<sup>a</sup> Tadea Enríquez, muy bella, la marquesa de Espinardo; una dama con sombrero, copiada de un cuadro, una señorita de Baztán; una duquesa de Alba, muy guapa, Blanquita Finat, y una dama de la época, preciosamente vestida, Trina Jura Real.

En el palco de la duquesa viuda de Soto-

mayor surgía la figura de otra D.<sup>a</sup> Tadea Enríquez, personificada por la encantadora Carmencita Martínez de Irujo.

Majas muy interesantes eran la señora de Cierva y Codorniu (D. Ricardo) y la señorita de Viñaza, con roja redcecilla.

Un encanto, un encanto, Teodora.

Ahora, en tropel, conforme las vaya recordando, te diré que también estaban las princesas Fabiola y Margarita. Las marquesas de la Mina, Viana, Romana, Arriluce de Ibarra, Somosancho, Santa Cristina, Torrelaguna, Valdefuentes, Salamanca, Villaviciosa, Santa María de Silvela, Someruelos, Valdeiglesias, Ferreras, Villamagna, Salar, San Adrián, Gelo, Tenorio, Vistaalegre, Valdeterrazo, Viesca de la Sierra, Puebla de Rocamora, Baztán y Cayo del Rey.

Condesas de Mora, Torre-Hermosa, Saceda, Via-Manuel, Casal, Buena-Esperanza, Asalto, Heredia-Spínola, Alcubierre, Fuente Blanca, Torrejón, Pardo Bazán (que, por cierto, llevaba un histórico abanico que perteneció a «la Tirana» y ostenta la firma de Moratín), Recuerdo, Torre de Cela, viuda



Señorita María de Cardona.

de Catres, Cabezuelas, Torrubia y Maluque. Vizcondesa de los Antrines y de Portocarrero; baronesa de Bicornp.

Señoras y señoritas del general Borbón, de Travesedo, Camarasa, Urrutia, Carvajal, Rodríguez de Rivas, Torroba, Benítez Cuesta, Díez de Rivera, Sandoval, Sánchez de Tirado, Arcos, Mendivil, Alba, Bofarull, Martínez de Irujo, Muguero, Gallo, Alonso Gaviaria, López Roberts, Martínez-Agulló, Quiroga y Pardo Bazán, Bermúdez de Castro, San Millán, Baldásano, Alvarez (D. Alfonso), Escobar y Kirpatrick, Arévalo del Rey, Silvela, Goyeneche, Semprún, Casa-Calderón, Dato, Flores, Santos Suárez, Jordán de Urries, Peláez, Botella, Rózpide, Caviria, Muriedas, San Ginés, Luque, Armendáriz, Villar y Villate, Goicoerrotea, Agrela (D. Mariano), Gutiérrez de Salamanca, Moral, Eulate, Pedrosa, Madariaga, Perales, Figueras, Peña, Mercader, Arcocha, Vega-Inclán, Collantes, Lan-

decho, Escrivá de Romani, Pérez del Pulgar, Serrano, González (J. M.), Goicoechea, Leyún, Avellán y Calvet, Ramonet.

Carmen Martínez de Irujo aprisionaba el esbelto talle en un corpiño de terciopelo amarillo, con «fichú» blanco; la joven condesa de Ribadavia, que estaba con su hermana política la duquesa de Medinaceli y llevaba pañuelo de Manila encarnado sobre un traje negro, y en la cabeza un precioso adorno de uvas y hojas de parrá; la hija de la condesa de la Viñaza, con corpiño amarillo y falda negra, realizando su peregrina hermosura, y la bella María Josefa Camarasa, con falda blanca, corpiño negro y peinado de los llamados de «erizón».

Radiante de hermosura y gentileza estaba en una platea la marquesa de Villaviciosa y su hermana la condesa de Torre-Hermosa, y muy lindas también la joven marquesa de Lambertye-Gervevilliers y las Srtas. de Albercon, Reboredo y Sra. de Gómez Barnés.

Estaban también, además de las ya citadas, las señoras y señoritas de Jura-Real, Finat, Cierva y Codorniu, Cardona, Alba y Bofarull, Sanz y Magallón, Luca de Tena (D. Eduardo y D. Juan Ignacio), Cavestany, Pardo, Vigo, Romeo, Fernández-Latorre, Manso de Zúñiga, Cisneros, Benjumea, Sánchez-Plazuelos, Scherer, Fernández-Blanco, Mengoti, Jaeger, García Cernuda, Cárcer, Gómez Acebo, Lanzarote, Urquijo, Pidal, Bermejillo, Bruguera, Martín Aguilera, Laiglesia, Márquez de la Plata, López de Ayala, Cortezo, Bustamante, Rivas, Martos, Aguilar, Alcalá Galiano, Arecas, Allendesalazar, Aldama, Allende, Beruete, Bernard, Fernández Maquieira, Villavicencio, Guzmán, De Carlos, Chávarri, Gil Becerril, Franco, Maura, Orfila, Ordóñez, Olivares, Cavanilles, Verterra, Legarda (Carmen y Micaela), García Patón (Federico), Oltra, Moral, Becerro de Bengoa, Gómez Flores, Fernández de Robles, Lamarca, López de Ayala, Costi, Backans, Sacristán, Calderón y Ceruelo, Icaza, Parache, Sanford, Requejo (D. Manuel), Martos (Anita), Verdugo (D. Francisco), Verdugo (María y Angeles), Núñez Arenas (Luz y Teresa) y esa encantadora señorita María de Cardona, que esta noche ha paseado triunfalmente su belleza y el prodigio de su traje de duquesa de Alba por la sala del Real. Ha sido motivo de



Señora de Ormaiztegui (D. Enrique).

—¿Le sucede algo a la señora duquesa?  
—No, no, nada. ¡Qué fiesta tan brillante! Bendita sea la iniciativa de estas fiestas de caridad y de arte. Palpite siempre el corazón de la aristocracia como ha palpitado esta noche por iniciativa de la Junta organizadora, que presidió la duquesa de Parcent y de la que formaron parte las duquesas de la Victoria, Almazán y Mandas; marquesas de Argüeso, Silvela, Alhucemas, Lema, Comillas, Valdeolmos y Valdeiglesias; condesas de Alcubierre, Aguilar de Inestrillas y Heredia Spínola, y señora viuda de Serrano.



Señorita Conchita Escobar y D. Agustín Figueroa.

sincerísima admiración. Acaso el ilustre Beruete y Moret ha dirigido todo el espléndido atavío. Este cuadro de la duquesa de Alba copiado por María de Cardona figura en la Spanish Society de Nueva York. La hermana de la señorita de Cardona reproducía el cuadro *La vendedora de uvas*, que es gala del Museo de Budapest.

Y... ya decía yo que algo se me olvidaba, Teodora. En un palco estaban la condesa de Casa-Tagle, su hermana la señorita de Echenique y la señora de S. Errázuriz, chilena también, prima de la condesa, con su hija Gabrielita, que es una preciosidad. Alguien dijo, refiriéndose a ella: es un ángel que va a endemoniar a medio mundo. Asimismo estaban las señoras de Scassi, Tai Tchenne Ligne y Mengotti, esposas de los ministros de Grecia, China y Suiza, y Mme. Jaeger, esposa del Consejero de Suiza. Yo, Teodora, no he visto más. Pero creo que ha sido bastante.

—Teodora, Teodora... Estoy mareada, muy mareada; debe de ser muy tarde.

—Le sucede algo a la señora duquesa?

—No, no, nada. ¡Qué fiesta tan brillante! Bendita sea la iniciativa de estas fiestas de caridad y de arte. Palpite siempre el corazón de la aristocracia como ha palpitado esta noche por iniciativa de la Junta organizadora, que presidió la duquesa de Parcent y de la que formaron parte las duquesas de la Victoria, Almazán y Mandas; marquesas de Argüeso, Silvela, Alhucemas, Lema, Comillas, Valdeolmos y Valdeiglesias; condesas de Alcubierre, Aguilar de Inestrillas y Heredia Spínola, y señora viuda de Serrano.

Bendita sea la iniciativa de estas fiestas, en las que tanto suena el nombre de España... Se me cierran los ojos, Teodora. No sé qué me pasa... ¿Suena la música? Parece que la oigo. Parece que llegan hasta mí los ecos de aquella «Tirana», de Chapi:

«España de mis amores; el día que yo me muera, que me entierren en tu suelo y me cubra tu bandera. ¡Ay, Tirana, Tirana, Tirana! El hombre que quiera ha de ser de España.»

De España, de España, sí, sí. ¡Viva mi patria!

Y la duquesa quedó dormida.

LEÓN-BOYD

12-2-920.



## UNA CARTA DE LA DUQUESA DE PARCENT

Madrid, 29 Febrero 920.

Sr. D. Enrique Casal.

Distinguido amigo: Mil gracias por su felicitación.

Al contribuir tan sólo a la organización de la fiesta celebrada en el Real, ni un momento dudé de la brillantez de su resultado. Madrid vibra al sentimiento de sus recuerdos artísticos y familiarmente patrióticos, e invocando los del inmortal Goya, habría de corresponder con entusiasta largueza y aún más impulsado, como ahora, por la caridad.

Si a eso añade el acierto que representa la designación de mis compañeras de Junta, los nombres prestigiosos de los artistas que supieron dar forma a la idea y la eficazísima ayuda de la desinteresada Prensa de esta capital, comprenderá cuán fundada era la certeza que en el éxito tenía su afectísima

F. LA DUQUESA DE PARCENT.



Señora de Urrutia.

## LA MAJA

En la impresión tan grata que produjo— y que aún perdura en muchos—la fiesta goyesca que se celebró en el Real, tal vez intervinieran diversas causas; pero puede afirmarse que fué la primordial el haber admirado a nuestras conterráneas con el indumento que más realza sus encantos y más armoniza con ellos. Hasta pudiera afirmarse que el traje de maja es imprescindible a tales encantos, o, si se prefiere, que esos encantos requieren aquel indumento.

Desde luego, éste no podemos representárnoslo como adecuado ornato de otras bellezas femeninas.

Sólo la mujer española, en cuyo tipo característico no se han de buscar elevadas tallas, con nacarinas tcecs y cabelleras blondas, ni sugestivas expresiones, en las que lo natural y lo artificioso llegan frecuentemente



Señora de Cárdenas.

a confundirse, ni movimientos amplios, en los que las gracias femeniles lindan con las masculinas gallardías, sólo la mujer española, repito, puede engalanarse con el aludido traje, es decir, con su vestidura propia... de «maja».

Porque aquélla es siempre ésta: la maja.



Señorita Conchita Escobar y Kirkpatrick

Porque su tez morena, su boca purpurina, pronta a la risa, sus ojos oscuros, de mirar profundo, a la vez ingenuo y malicioso, su cuerpo de menudas formas, pero graciosas redondeces—«*Oh, les petites et rondelettes Espagnoles!*», exclamaba admirativo el gran pintor Regnault en su viaje a España—, porque toda su exquisita belleza, en fin, halla su complemento en el ropaje majó, y tómesese este vocablo no sólo en su acepción de vestimento, sino en el de su castiza significación de lindo, y aun de lujoso y elegante.

Ahora bien, y sin que esto sea inmiscuirme en menesteres que me son ajenos, es mi opinión que la mayor elegancia de la mujer consiste en ataviarse con lo más adecuado a su belleza personal y a las características de su raza.

Es indudable que, cuando emancipada de la martirizadora gala, del antiestético guardainfante y de las demás prendas absurdas de los siglos XVI y XVII, vistió, a fines del XVIII, el traje de maja, halló la mujer española su traje propio, el traje que la esperaba hecho, si así puede decirse.

Y por felicísima coincidencia, halló además esa mujer así vestida al pintor más español de todos, y el cual había de rendirla, con su maravillosa paleta, todo el efusivo culto que la profesaba.

La maja... Goya... la mujer y el pintor españoles, por antonomasia... Con el corazón, tanto como con los labios, declaro pronunciar tan amados nombres.

Después, la mujer española viste como las de los otros países, como todas las de todas partes. Sigue la moda cosmopolita. Y la Moda—nombremos con mayúscula a esa deidad mundana—tiene a veces, injusto fuera negarlo, felices aciertos, pero yerra también mucho a menudo.

Claro está que no pretendo, ni me aventuraría a insinuarlo, que la mujer actual española vista de maja; pero sí puedo y quiero decir que el principal, el verdadero, el peregrino encanto de la precitada noche del Real

fué la aparición de la «actual maja española», el resurgimiento, en nuestras adorables compatriotas contemporáneas, de las compatriotas que adoró Goya.

Si a su celebración pude yo contribuir, siquiera fuese en un ápice, con mis entusiásticas y repetidas evocaciones de la época de Goya, y con mis fervorosos homenajes al singular maestro, tendríalo por valioso galardón de mi labor artística.

A. DE BERUETE Y MORET,  
Director del Museo del Prado.



*Carmencita Icaza y el niño Ignacio de la Huerta, hijo de los duques de Mandas.*

#### VISION DE ARTE

Si el maravilloso conjunto de típicas figuras, admirablemente vestidas y caracterizadas, que ofrecía el escenario del teatro Real en la inolvidable fiesta de caridad y de arte, cuyo recuerdo perdurará mucho tiempo, fué tan soberanamente bello, figuraos qué sería visto en detalle, cuando a telón corrido, con mis buenos amigos Moreno Carbonero, Benedito, Pardiñas y Florit, colocábamos los grupos que tanto habían de lucir después.

Como pintor me seducía aquella nota luminosa de color, que evocaba los cuadros descriptivos de la vida popular; las fiestas campestres; los retratos, y tantas bellísimas figuras de la inmensa obra pictórica de Goya, y como conocedor en toda ella, de tantos interesantísimos detalles indumentarios que la avaloran, me deleitaba al verlos reproducidos de modo justo y apropiado, atendiendo a cuanto había advertido a los que me hicieron la merced de pedirme consejo, con un esmero digno de los mayores plácemes, por lo que tiene de delicado y entusiasta homenaje al gran artista, que inmortalizó con su arte supremo una de las épocas más pintorescas y típicas del traje español.

Allí estaba la arrogante décimatercera Duquesa de Alba, D.<sup>a</sup> María del Pilar Cayetana de Silva Alvarez de Toledo, luciendo el lazo ideado por «La Caramba» empingorotado so-



*Marquesa de Torrelaguna.*

bre la mantilla negra, como la airo-sa basquiña, y su chaquetilla de un color intenso amarillo, tal como Goya la pintó en 1797, y se conserva como joya inestimable del valioso Museo de la «Hispanic Society» de Nueva York.

Cercana a su noble protectora, la célebre actriz «La Tirana», vestida de modo primoroso, como en el retrato de cuerpo entero que posee la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, parecía retar, como tantas veces solía, a su competidora Pepa Figueras, que gozaba a su vez de la protección de la duquesa de Benavente; y al verlas juntas, creía escuchar el eco lejano de las bandurrias, acompañando las intencionadas y picarescas tonadillas que cantaban en los Coliseos, aludiendo a estas rivalidades, entre las chacotas y los dicharachos de sus acérrimos partidarios.

Recordando era también por aquellos años motivo de grandes y acaloradas disputas el discutir los méritos taurinos de Joaquín Costillares y Pedro y José Romero, busqué y no hallé a éste, con el rico traje regalo de una alta dama y «el capote jerezano, pañuelo rondeño al cuello y faja a la sevillana, para demostrar las proezas que en la lid de toros hizo en estas tres ciudades», según con pésima ortografía constaba en un papel pegado detrás de su retrato.

Si faltaban toreros, en cambio abundaban majos y manolos del Avapiés y las Vistillas, con sus vistosas chupas de seda de cuatro faldillas y mangas ajustadas adornadas con hombreras de cintas de colores y redecillas de mallas, rematadas por un cordón de pasamanería y tupida borla, para darles peso y consistencia, porque eran muy pintureros y fantasiosos cuando vestían los lujosos trajes de los días de fiesta, luciendo las grandes hebillas de plata de martillo de los zapatos, que pregonaban bienestares y producían envidias, como las cinceladas del mismo metal puestas en una tira de paño de seda o ter-



*Señora de Leyún.*



Señorita Anita de Martos y de la Escosura.

ciopelo, con que sujetaban la parte de abajo del calzón a la pierna, y que denominaban *charretera*, traducción un poco libre de la voz francesa *jarretière*, llamando del mismo modo a la divisa militar de oro, plata o estambre que se aseguraba en los hombros y colgaba sobre el brazo.

Como todos llevaban trajes lujosos, no me pareció ver chispero alguno, porque eran éstos menestrales modestos dedicados a hacer cosas menudas de hierro, y demasiado zafios para alternar con tan lucida concurrencia. Las majas ostentaban las ricas redecillas de sedas y algunas otras:

«La basquiña  
de moer con los dos flecos:  
la cofia con aquel lazo  
de varas de cinta ciento:  
la rica mantilla de  
laberintio, con el negro  
pispunte en el fistonado...»

salerosas y «dando las todas con su garbo», según nos cuenta el sastre iba vestida la Juana, en el célebre sainete *La casa de tócame Roque*, de D. Ramón de la Cruz.

En la nota constante de españolismo que el buen Carlos III dió a su reinado, las únicas que por distinguirse usaron escofietas, blondinas y sombrerillos, fueron las petimetras, aunque para ir de tapadillo con sus cortejos se cubrían con el manto o la mantilla, tan sólo

«porque a una no la conozcan  
y murmuren lo que lleva  
y con quién va»,

como razona D.<sup>a</sup> Paula, disculpándose por usar esas típicas prendas, en *El día del Corpus o el refunfuñador*, del cáustico sainetero.

Por allí discurría la D.<sup>a</sup> Tadea Arias de Enríquez, tan gentil y semejante al admirable retrato, con su peinado de *erizón*, su traje de gasa bordada sobre la basquiña de un rosa tenue y su ancho cinturón negro,

avalorado con el gran topacio primorosamente engarzado, y junto a ella la típica figura del tapiz *El militar y la señora*, que tanto caracterizaba el modo de vestir para paseo y visita de las damas representadas en diversos tapices; y entre un grupo de manolas, una maja atrayente por su belleza y distinción, de basquiña de tisú de oro y valiosos encajes áureos y negros, que era un prodigio de color y gracia.

No podían faltar tampoco las majas de los últimos años del reinado de Carlos IV, cuando la moda clásica invadió la Europa, dando ocasión a nuestras damas, al prescindir de

rojos, debía pertenecer a la primera compañía, porque los de la segunda los llevaban morados y la tercera, azul celeste.

Entre los grupos de majas y manolas, y en amena conversación, bizarros y galanes, se destacaban los granaderos del regimiento inmemorial del Rey, con su vistoso uniforme blanco con vivos morados, botín alto de paño negro, correa formando cruz sobre el pecho, con bayoneta y sable, y otros apuestos jóvenes luciendo diversos uniformes del Ejército de entonces, según el vestuario de 1808.

Con ellos estaban unos *Caballeros petimetres*, de los que Goya caricaturizó en los «Caprichos»; el Alcalde de Móstoles; la «Aguadora» del Museo de Budapest, apoyado en el breve tallé el cantarillo de loza vidriada y en la mano la cestilla con los vasos y el canuto de hoja de lata lleno de anises; y no lejos de ella la frutera de ajustado corpiño y fina pañoleta, que con «Las majas al balcón» recordaban la nota popular de la última época del gran pintor.

Los reflectores enfocan los grupos; el telón se levanta a los primeros acordes de la Marcha Real, al presentarse en sus palcos Sus Majestades y la Real Familia; después se escucha la pausada y señorial cadencia de un minué, y al alegre conjuro de los primeros compases de unas seguidillas, las admirablemente vestidas y caracterizadas figuras del tapiz de «La gallina ciega» giran alegremente esquivando tropezar con *el del cucha-*



los sombreros un tanto ridículos que se llevaban en el extranjero, a españolizarlos con las mantillas que tan sugestivamente se prendían, con ese derroche de gracia que el genial pintor aragonés inmortalizó en sus retratos, cuadros y aguafuertes.

Muchas había que con picaresco donaire lucían tan bellos trajes, y entre ellas vi también a algún majo jaquetón, con su montera de fino paño y cordoncillos forrados de terciopelo rojo en las costuras, adornada, además, con estos mismos cordoncillos formando enhiestos lacitos de los llamados de *pipirigallo*; monteras clásicas en nuestra indumentaria, rondeñas, granadinas, extremeñas y tantas otras igualmente típicas, de la época que Goya pintó y dibujó, y que por convencionalismo y rutina jamás aparecen en la escena de nuestros teatros.

«La Real familia de Carlos IV» se agrupaba con sus trajes de Corte, tal cual están en el famoso cuadro de nuestro Museo del Prado, y cercano a éstos un bizarro general de los de gran *sombrero armado* departía con un guardia de Corps de casaca y calzón azul, cuello, solapa, chupa vuelta y forro encarnado; botón y galón de plata; altas botas de montar con espuelas de *cuello de pichón* y estrellas de ocho puntas; espada española de taza pendiente del *biricú*, y el alto sombrero de tres picos, galón de plata, escarapela y presilla. Por la bandolera de cuadros



Señorita Josefina López de Ayala.

rón; las no menos típicas de «El pelele» man-  
tean alborozadamente a éste, y aquella en-  
cantadora evocación tan española y tan sobe-  
ranamente española, que tanto debe de enor-  
gullecer a las nobles damas presididas por la  
tan artista duquesa de Parcent, por haberla  
ideado para esta fiesta de caridad y de arte,  
se desvaneció rápidamente entre los aplausos  
bien sinceros y entusiastas de los concu-  
rrentes.

JUAN COMBA,

Catedrático de Indumentaria del  
Real Conservatorio de Música y  
Declamación.

25 Febrero 1920.



AL EXCMO. SR. DUQUE DE PARCENT

Mi querido señor Duque:  
Perdóneme vucelencia  
si me atrevo a dirigirle  
estas mal trazadas letras;  
y me permito mandárselas  
porque sé que usted maneja  
los pinceles... y por otras  
muchas razones que huelgan...  
Pues es el caso que anoche,  
en esta región serena  
donde pasamos la vida  
en felicidad eterna,  
no sé quién vino a decirme  
que me asomase a la Tierra,  
porque cierta Trinidad  
(voluntad, genio y belleza),  
en unión de no sé cuántas  
matronas y damiselas,  
de algún que otro petrimetre  
y señores de Arte y Letras,  
dispuso hacer caridades  
organizando una fiesta.  
Me asomé, malhumorado,  
por el canto de una estrella...  
y... ¡vive Dios! que en mi vida  
vi cosa tan estupenda.  
¡Vaya un salón, todo lujo!...  
¡Vaya músicas selectas...  
y vaya color y luces...  
y animación y riqueza!...  
Allí, en un breve aposento,  
me hicieron ver a la Reina,  
toda vestida de blanco,  
igual que las hadas buenas...;  
y allí su Madre, esa Madre  
de los que en silencio penan,  
e inmortaliza en la Historia  
la historia de su Regencia...;  
y allí la Infanta castiza,  
Isabel, la madrileña,  
que une con lazos de flores  
el Trono con las verbenas...  
Allí... ¡vaya, señor Duque,



Srta. Anita Sánchez Tirado.

que siento que no haya lengua  
que describa todo aquello,  
ni pincel que lo retenga  
en el lienzo, para asombro  
de las gentes venideras!...  
¿Y mis cuadros?... ¡Vive Cristo!...  
(perdón; se me fué la lengua  
en fuerza de la costumbre  
y mi sangre aragonesa...)  
¿Dije *mis cuadros*...? ¡Fernando!  
¡*Mis cuadros*!... ¡Qué más quisiera  
que fuesen *míos* aquellos  
que aplaudió la concurrencia!  
¡Familia de Carlos IV!...  
¡Pelele!... ¡Gallina ciega!...  
¿Cuándo imaginé que *vivos*  
humanos ojos os vieran?...  
Yo no salgo de mi asombro,  
y de tal modo me afectan  
las pruebas del entusiasmo  
con que todos me celebran,  
que a no haberla ya perdido...

¡perdería la cabeza!...  
Pero... me llama San Pedro,  
que quiere cerrar la puerta...  
Adiós!... Pero, ¡no! ¡aún es pronto!  
¿Qué es eso?... Con mi sordera  
no sé bien... Pero... ¡ya caigo!...  
es la Marcha Real que suena...  
¡El Rey!... ¡Qué gallardo mozo!...  
¡No fueron así en mi época!  
¡Sonríe! ¡Cómo le aclaman  
los que el Coliseo pueblan!...  
Y, al sonreír, de seguro  
en Dios y en la Patria piensa,  
que él, que ha esparcido consuelos  
entre el fragor de la guerra,  
quiere estar donde se intente  
que el bien y la paz florezcan.  
Y también esos soldados,  
que mis tiempos me recuerdan,  
y los que, bravos y nobles,  
hoy juran igual bandera,  
le harán pensar en las cumbres  
con que para España sueña,  
siendo el primero en amarla,  
servirla y enaltecerla!...  
Cierto estoy que, como aquéllos,  
si al Rey o a la Patria afrontan  
los extraños por envidia  
y los propios por vileza,  
sabrán unidos al pueblo  
más hidalgo de la tierra  
henchir con sangre los surcos  
donde nuevos lauros crezcan.  
No puedo más, señor Duque;  
discúlpeme vucelencia,  
y pregone a voz en cuello,  
por si a alguno le interesa,  
que desde el instante mismo  
en que vi tan magna fiesta,  
donde tantas hermosuras  
se hicieron del alma dueñas,  
y entre las cuales *Piedita*  
su fama aumentó de buena  
(ya que no caben aumentos  
en su gracia y su belleza),  
es mayor Gloria la Gloria  
que el Eterno me reserva...  
Imposible es que se pinte  
la tal velada goyesca...;  
pues, aunque pudiera hacerlo,  
si Dios me lo permitiera,  
de seguro no hallaría,  
para igualar sus grandezas,  
¡ni inspiración en mi espíritu,  
ni color en mi paleta!...

Francisco de Goya

El encargado de la estafeta,

ROMÁN GOTEJERO.

(Fotografías de Franzen, Kaulak, Marín y Ortiz,  
Compañy, Padró y Celedonio).

## TRÍPTICO GOYESCO, POR GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

### LA MERIENDA

En un soto esplendente—verde y fuego—,  
que el Manzanares con sus aguas riega,  
la gente divertida se congrega  
al declinar un día veraniego.

Todo es zambra y bullicio, risa y juego:  
quién, al columpio, en su vaivén, se entrega;  
quienes, parodian la gallina ciega;  
quienes acampan, y meriendan luego.

Corre la «bota», en vino ensangrentada,  
y es una nota nueva en el paisaje  
una maja cantando una tonada,

mientras que el brazo en su cortejo apoya.  
... A lo lejos, oculto entre el ramaje,  
pasa, observando, Don Francisco Goya.

### LA MOZA DEL CANTARO

Vierte su sangre el hijo en el ribazo  
y, moribundo, el pecho se destroza;  
la madre, en tanto, en la ciudad solloza,  
y palpita con ella su regazo.

Sin temor a una bomba o un balazo,  
—porque aliviando los dolores goza—,  
entre los hombres va la buena moza  
con su buen cantarillo bajo el brazo.

Encarnación heroica de la raza,  
va aplacando la sed del que agoniza,  
a quien, en nombre de la madre, abraza.

Infunde a los que luchan entereza.  
Y cuando, al fin, la noche la esclaviza,  
por los valientes que murieron reza.

### EL PELELE

¡Alza, el pelele! ¡Arriba, el monigote!  
¡Una vez y otra vez! ¡Buena somanta!  
Cuanto más el muñeco se levanta  
más torcido nos muestra su cogote.

Sufre de todos inclemente azote,  
y, sobre el corro que, brincando canta,  
su cuerpo—estopas y serrín—espanta  
al parecer crisparse en cada bote.

¡Cuerpo sin alma! Igual que una pelota,  
su figura es, al cabo, destruída  
por quienes dan al aire su derrota...

¡Ay del que tenga el alma adormecida!  
Será causa constante de chacota  
¡y un pelele en la manta de la vida!

# NOTAS DE MI "CARNET"



Srta. Pilar de Ezpeleta.  
Fot. Celedonio.

Vamos a escribir unas cuantas cuartillas. El director me ha dicho:—Vamos a ver, amigo mío, escriba usted unas cuantas cuartillas—. Y yo he tomado de la papelera un montoncito de papel y lo he colocado sobre mi carpeta. Tengo que escribir unas cuantas cuartillas, como ya sabéis. Ante mí tengo cinco fotografías que forman esta página y por las fotografías veo que hay una nota triste y una nueva titulada y unas felicitaciones que consig-

nar. La nota triste... ya la habrás adivinado, lectora o lector.

La nota triste nos la ofrece el recuerdo a una buena amiga perdida para siempre: Pilar de Ezpeleta y Montenegro. La conocimos mucho. Vosotros, lectores, también la conocisteis. ¿Verdad que era muy simpática? ¿verdad que era muy buena? Nosotros fuimos buenos amigos suyos. Nos gustaba mucho charlar con ella. Pensaba bien. Así es que nosotros sentimos muy de veras su muerte. Y como VIDA ARISTOCRÁTICA no había dicho nada de esta pobre señorita, hija del general Ezpeleta y de doña Dolores Montenegro y hermana de los condes de Basoco y de Don Joaquín y D. Francisco, hemos querido al contemplar esa fotografía rendirle

este tributo de afecto a la que de un modo súbito fué arrebatada por la Muerte.

¡Pobre Pilar!

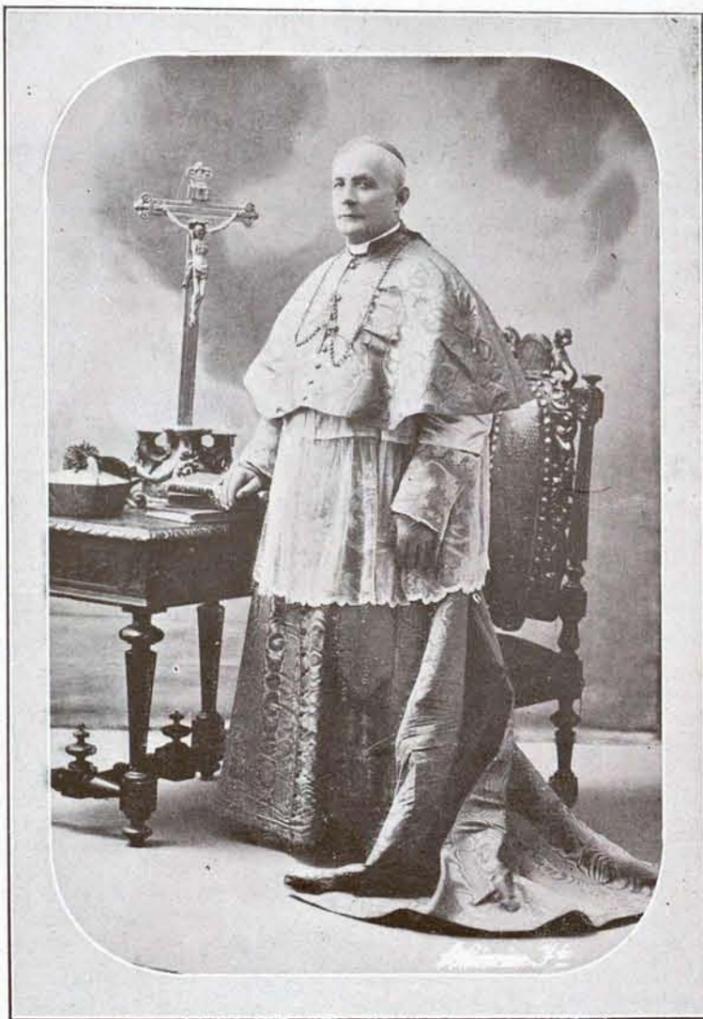
Otro retrato que tenemos ante nosotros es el de la duquesa de Sevilla, el de la nueva duquesa de Sevilla, título cedido a Doña Enriqueta de Borbón por su hermana mayor.

La nueva duquesa de Sevilla, que es una dama de gran belleza, rubia, es la hija menor de D. Enrique de Borbón, segundo duque de Sevilla e hijo mayor del Infante Don Enrique—muerto trágicamente en un célebre desafío—, a quien se le concedió el título de primer duque de Sevilla el día mismo de su nacimiento.

El 21 de agosto de 1907 contrajo matrimonio la nueva duquesa de Sevilla con su primo hermano D. Francisco de Borbón, hoy coman-



La duquesa de Sevilla  
Fot. Celedonio.



Monseñor Ragonessi, Nuncio de Su Santidad.  
Fot. Napoleón.

dante del regimiento del Rey, hijo primogénito del teniente general Príncipe Don Francisco María de Borbón, que fué el segundo hijo del Infante D. Enrique, hermano, por tanto, del padre de la duquesa actual. Es un matrimonio felicísimo, cuyo hogar lo alegran hoy dos hijos, Isabelita y Paquito, si bien esta alegría la empaña tan sólo el recuerdo amoroso de aquel otro hijo, Enriquito, muerto en Africa el año 1915.

Felicitemos a los nuevos duques de Sevilla, en los que se da el caso de que un título como el ducado de Sevilla sea llevado en la actualidad por dos primos hermanos y nietos directos por línea paterna, ambos del primer poseedor del título.

Otra felicitación ha de ser para el Nuncio de su Santidad, Monseñor Ragonessi. S. M. el Rey le ha concedido la Gran Cruz de Carlos III. Y la concesión ha sido realizada por una estimabilísima delicadeza del Rey, puesto que un ayudante de Su Majestad se presentó en el palacio de la Nunciatura para entregar a monseñor Ragonessi la referida condecoración. No hay que decir cuánto agradeció el prelado la honrosa

merced y el rasgo de delicadeza del Soberano.

Las altas prendas personales de monseñor Ragonessi, su tacto exquisito en las relaciones diplomáticas, sus grandes virtudes, su extensa cultura y su intenso amor a España, le han hecho acreedor a tan preciada distinción, que todos acogerán con aplauso.

Y vaya un apretón de manos para nuestro buen amigo—así, en tono familiar—D. Alfonso Crespo y Martín Romero, conde de Castillo-Fiel, que recientemente fué agraciado por Su Majestad con la llave de Gentilhombre de Cámara, con ejercicio, y más recientemente todavía con la Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, esa Cruz tan preciada que ya va teniendo tanta gente—por fortuna—y que tanta otra la deja de tener.

Y para terminar, un saludo a D. Fernando de Magalhaes e Meneses, conde de Villas-Boas, antiguo oficial de la Marina Real Portuguesa, heredero directo del famoso capitán Fernando de Magallanes, cuyo centenario va a celebrarse en España, y persona muy conocida en nuestros círculos aristocráticos.

Y... lectores; hasta no sé cuándo; hasta que el director tenga a bien decirme que escriba otras cuartillas.—JUAN DE MENDOZA



Conde de Villas-Boas.  
Fot. Vidal-Lisboa.



Conde de Castillo-Fiel.  
Fot. Franzen.

LA NURSERY

YA que hemos penetrado en la intimidad del hogar, que hemos pasado un momento en el boudoir y en el tocador, llegaremos de puntillas hasta el cuarto de donde percibimos voces cristalinas de niños que juegan y ríen. Digo llegamos de puntillas, para que los nenes no se den cuenta de nuestra presencia y sigan riendo y divirtiéndose. Los niños, como los animales, hay que sorprenderlos en toda su naturalidad, sin que nos adviertan, para poder observarlos y definir lo que serán más tarde. Sobre todo, en el juego es donde se revelan sus instintos, su carácter y su alma, inconsciente aún, hasta para ellos mismos.

Fénélon ha dicho a los pedagogos: «Dejad que los niños jueguen: es preciso que los niños jueguen y que las personas mayores los vean jugar sin que parezcan mirarlos. Durante las horas de estudio, los instruimos; durante las horas de recreo son ellos quienes nos instruyen a nosotros. Para educarlos es preciso entenderlos, y nunca los entenderemos si no los hemos visto jugar. Libres de jugar como les parezca, obran según los métodos de su propio espíritu, y en nuestros sistemas de educación habrá que tener muy en cuenta todas las relaciones que nos hayan hecho al jugar». Así se han formado los métodos Frœbel y Montessori.

Platón quería también que se dejase jugar a los niños. Hay, en sus «leyes» sobre el particular, detalles curiosos: «a los tres, cuatro, cinco y hasta los seis años—dize—, las diversiones son necesarias para los niños; a esta edad tienen juegos que les son propios, que ellos mismos inventan cuando están juntos. Por eso, los niños de cada aldea, desde los tres hasta los seis años, se reúnen en los sitios consagrados a los dioses. Las amas estarán con ellos para vigilar y refrenar sus juegos demasiado exuberantes».

Ya que en nuestra época tan materialista pocos dioses nos quedan, el sitio consagrado a los niños actualmente es la «nursery».

La «nursery» nos debe dar la impresión de la higiene más absoluta, de una gran alegría y de mucha sencillez. Debemos imitar en esto a los ingleses que entienden

mejor que nadie las cuestiones referentes al hogar.

Nada de muebles inútiles y complicados en el recinto: todos deben tener su utilidad y aplicación. Armarios anchos y de poca altura mueblan los muros: no deben tener esquinas agudas, sino bien redondeadas para que si en la excelencia de sus juegos el niño viniese a tropezar contra el mueble, no se lastimará tanto. Tampoco deben ser muy altos para que sus brazos, aun cortos, puedan alcanzar fácilmente lo que busca en el armario; así aprende a servirse por sí mismo sin tener que subirse sobre una silla, evitando, tal vez en eso, caídas desgraciadas.

Habrán unos armarios para guardar los

conservo aún viva en mi memoria a pesar de los años transcurridos desde que lo vi.

No tenía este aspecto de cuarto de sanatorio que suelen tener algunas habitaciones en donde se ha cuidado únicamente de la higiene.

Una infinidad de objetos insignificantes, pero que conmovían deliciosamente, revelaban a la ternura y la cuidadosa vigilancia materna.

Sobre la blancura deslumbrante de las paredes destacábanse alegremente unas estampas de color vivísimo, representando escenas de la vida infantil: niños que juegan en la nieve, nenes en el campo, con flores y caballos; ¡juegos! siempre juegos, para que el primer concepto que el niño se forme

de la vida, sea lo más ameno posible. Ya se cuidará ella de transformar este concepto.

Dos camitas de bronce dorado, parecidas como dos gemelos, abrigan los sueños también dorados de los dos babys; y tules que caían de un dosel semejaba una ligera nube que envolvía las camas, protegiéndolas como alas de ángeles.

Los muebles eran de «laqué» blanco, con flores y pájaros pintados. Se desprendía de todo aquello una luz y una alegría dulce como un cariño...

Muy difícil es el arreglo de esta habitación, pues requiere más que ninguna, una atención

especial para que todo parezca a sus diminutos ocupantes un cuento de hadas. Nada que inquiete o interrumpa la envidiable alegría debe aparecer ante sus inocentes ojos. Por eso es de importancia suma no descuidar el más pequeño detalle en lo que se refiere a la luz y el color de esos cuartos: los seres que en él han de vivir son como plantas frágiles que la más ligera brisa puede marchitar, y en la que todo deja su huella buena o mala. A nosotros nos incumbe que sea buena, cuidando hasta de los objetos más insignificantes que el niño ha de ver durante los años de su infancia, y que quizá más tarde influirá en su carácter... ¡¡¡Las madres no necesitan consejos... su corazón las guía!!!



juguets, otros para los libros y los objetos de estudio.

Las butacas serán de mimbre, ligeras y confortables. Mesas redondas siempre, para evitar los terribles golpes.

Puesto que, como hemos dicho, esta habitación debe ser, ante todo, higiénica, no veremos en ella, ni colgaduras ni cortinajes. Las paredes estarán revestidas de pintura «Ripolin», para que puedan ser lavadas fácilmente, ofreciendo al mismo tiempo un aspecto alegre y bonito.

En la parte alta correrá todo alrededor de la habitación una frisa ancha representando escenas infantiles. Por supuesto, nada de alfombras en el suelo; un simple hule apagará los ruidosos pasos de la gente menuda. El aire y la luz penetrarán con profusión en esta estancia por grandes ventanales que no llevarán cortinajes y que darán la sana alegría requerida.

El dormitorio de los niños será parecido. Seguiremos imitando a los ingleses.

Me gustaría describir uno, cuya imagen

Hemos recibido muchas cartas de señoras que nos honran con sus consultas, y en la imposibilidad de contestarlas aquí, rogamos las dirijan a «Imperia», Sección de Publicidad de Floralia, Paseo de Santa Maria de la Cabeza, 20, quien dará en A B C la respuesta pedida.

# Notas de pesame

Murió Don Alfonso de Portugal. Murió allí en Italia, en la atrayente Nápoles, víctima de una nefritis que, desde hace tiempo, padecía.

Y la muerte del Duque de Oporto ha sido muy sentida en España; porque aquí, donde tanto se estima el valor personal, había llegado a adquirir casi tanta popularidad como en su país.

Era el Infante Don Alfonso, duque de Oporto y de Sajonia, el hijo segundo del Rey Don Luis de Portugal y de su esposa Doña María Pía, Princesa de Saboya. Fué por lo tanto, hermano del asesinado Rey Don Carlos de Braganza y tío carnal del Rey Don Manuel, último Soberano de la nación vecina.

Don Alfonso perteneció al Ejército lusitano, llegando al grado de general de división.

Recientemente, hace unos tres años, estuvo el Duque de Oporto en Madrid. Acababa de contraer matrimonio en Roma con una distinguida dama norteamericana, Miss Hays, con quien realizaba largo viaje.

Cuanto vimos entonces al Infante Don Alfonso pudimos observar, con desencanto, que la fuerte naturaleza de S. A. se hallaba visiblemente quebrantada por la nefritis. Marchó luego a Algeciras, más tarde a Gibraltar, por último, con su esposa y con su anciana madre, fijó su residencia en Nápoles.

¡Oh la Reina Doña María Pía! Este nuevo terrible golpe, para quien tantos y tan tremendos sufrió, ha llevado desde la península ibérica a la italiana innumerables manifestaciones de dolor.

En el hogar de Don Diego de los Ríos se cebó la desgracia. Su virtuosa madre, la señora doña Matilde Sáenz de Santa María, viuda del general Ríos, entregó su alma a Dios al finalizar un día, y al día siguiente, cuando sólo habían transcurrido unas horas, uno de sus hijos, preciosa criatura de once años, falleció también entre la desolación de los infortunados padres.

La señora viuda de Ríos era muy estimada por la Sociedad de Madrid, que la vio siempre llena de bondad y simpatía. De su matrimonio con el general Ríos tuvo tres hijos: D. Diego, casado con D.<sup>a</sup> Emilia Bethancourt; D.<sup>a</sup> Isabel, esposa de don Antonio Olleros y D.<sup>a</sup> Carolina, casada con D. Angel García Loygorri.

A toda esta distinguida familia acompañamos muy sinceramente en su inconsolable pena.

Un querido amigo, el conde de Ardales del Río, católico ferviente y cumplido caballero, ha desaparecido también de entre nosotros.

Sus muchos amigos le llorarán con dolor sentido, porque D. Carlos de la Bastida y Careaga, era un hombre bueno, que sólo afectos había sabido conquistarse en esta vida.

Pertenecía por línea paterna a una ilustre familia de Córdoba, y por la materna a otra no menos noble de Salamanca. En el partido conservador, al que perteneció, prestó grandes servicios, siendo agraciado por S. M. el Rey, hace dos años, con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Era también caballero profeso de la Orden militar de Alcántara.

Su amante madre, la condesa viuda de Ardales del Río y sus hermanas las señoras de Cáceres y Torres Rivas, han podido advertir, por las manifestaciones de adhesión que en estos tristes días han recibido, el respeto y el cariño de que disfrutaba el finado.

Repentinamente, cuando nadie lo podía sospechar, ha fallecido también—¡cuántas penas!—otro conocido aristócrata: D. José Lombillo y Pedrosa, perteneciente a una distinguida familia de origen cubano.

Para su viuda y para toda la familia tenemos de todo corazón nuestro pésame más sincero.

## ECOS DE CAZA

Con el título de «La montería de Lugar Nuevo» leemos en *La Epoca* el interesante artículo que a continuación va.

No podemos resistir a la tentación de reproducirlo:

«En un lugar de... Andalucía, cerca de Andújar, cuyas agrestes campiñas baña el Jándula antes de verter sus aguas en el caudaloso Guadalquivir, congregáronse en los pasados días de Carnaval, *les gros bonets* de los monteros españoles, con algunos de los jóvenes amigos del simpático Justo San Miguel y Martínez de Campos, que así quisieron trocar las bulliciosas Carnestolendas cortesanías por el higiénico deporte de San Huberto.

Sabido es que los marqueses de Cayo del Rey poseen uno de los cotos más abundantes en caza mayor que por aquellos contornos se conocen, pero ello permanecía inédito a la curiosidad de los aficionados, mientras se terminaban las obras del amplio palacio que, encuadrado por pizarrosas torres, semeja vetusto alcázar de alguno de aquellos poderosos magnates que, como los Lermas y Olivares, hospedaron en ellos a nuestros monarcas de la Casa de Austria.

No hace un mes que sus propios dueños per-

Damián, y los señores de Calvo de León, Prado y Palacio, Vázquez (D. Luis Carlos), Parladé, Ruiz Córdoba, López de Carrizosa (hijos del marqués del Mérito), Escrivá de Romani (D. Fermín), Muñoz y Ayala, a todos los que hicieron pasar tres días deliciosos las amabilidades del marqués de Cayo del Rey y de su hijo.

Las reses presentáronse abundantísimas, como queriendo acreditar el cazadero, cobrándose treinta y dos grandes venados y buen número de cochinos, además de las perdices y conejos que, como verdadera plaga, invaden el espeso encinar, cuya frondosidad hace de la finca uno de los sitios más pintorescos de Andalucía, embellecido por las aguas del río, entre las cuales se vió algún venado perseguido por los perros, como en la célebre cacería de Carlos V, perpetuada por el pincel de Gracich en nuestro Museo del Prado.

Lástima grande que la moderna paleta de Benedito, el pintor de andaluzas monterías, no haya podido fijar en el lienzo el recuerdo de la de Lugar Nuevo, que tan grato perdura en la memoria de los invitados del marqués de Cayo del Rey.»

UN PODENQUERO (EL MORO)

Cerámica, Saneamiento,  
Azulejos, Hierros artísticos  
**Carlos Gonzalez**  
y Hermano  
Casas en Madrid (Gran Vía 14)  
Sevilla, Huelva y Málaga  
Proyectos, Catálogos y  
Presupuestos a disposición

dían la esperanza de habitarlo en largo plazo, ya que las contingencias de la pasada guerra y de recientes huelgas, dificultaban todo avance en la amplia edificación, y sin embargo, la improvisación puesta al servicio de una voluntad tenaz (por algo es la marquesa hija del héroe de Sagunto), ha conseguido en breves días, lo que en épocas normales hubiera necesitado años para realizarse. Así al conjunto de órdenes hábilmente ejecutadas por expertos servidores fueron llegando a la pintoresca dehesa de Lugar Nuevo cuantos muebles y enseres puede apetecer el moderno *confort*, sin que faltaran luego los refinamientos gastronómicos, dirigidos por afamado jefe.

Poco después, la algarabía consiguiente de noventa perros, con sus respectivos podenqueros, denotaba que las rehalas de Medinaceli, Calvo de León, Ayala, Trigueros y de la casa aguardaban a sus amos y demás cazadores.

Eran éstos el duque de Medinaceli, el de Arión, el de los Castillejos, que se trasladaba desde su castillo de Prim en los montes de Toledo, donde acababa de verificarse otra animada cacería; el marqués de Viana y los de la Romana, Centellas y Scala; los condes de Ribadavia, Mayalde y San

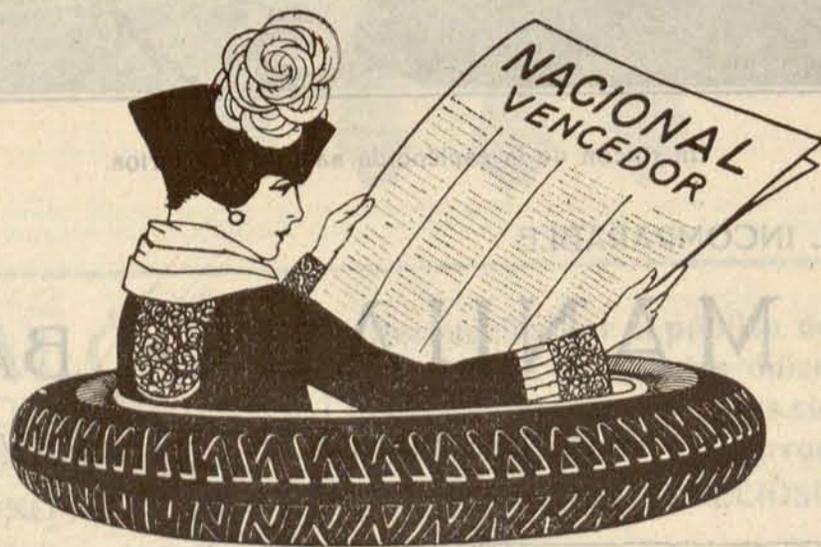
Un breve vistazo a los teatros madrileños nos confirma en la idea de que pocas temporadas ha habido aquí tan brillantes como esta. El público aristocrático, que es el que da esa nota de brillantez con la que sueñan los empresarios, está siendo pródigo en sus mercedes y, si bien dedica como siempre sus preferencias por aquellos coliseos en los que se encuentra como en su propia casa, ha ensanchado su campo de entretenimiento a otros teatros, no menos mercedores de ello.

Favorecidos por concurrencia de nuestra Sociedad se ven el Real y la Princesa, el Español y la Comedia, Lara y el Infanta Isabel, la Zarzuela... En el Real, renovó el maestro Vives los laureles conquistados con sus famosos *Bohemios*, convertidos ahora en ópera, por intervención de D. Conrado del Campo. Y el autor, con Ofelia Nieto y Casenave—los dos principales intérpretes—, fué largamente ovacionado. Representada la nueva obra con *Maruxa*, también de Vives, el público ha sabido agradecer, llenando el teatro, estas audiciones de música española.

En la Princesa, a *El abanico de Lady Windermore* ha sucedido una comedia de D. Pedro Muñoz Seca, titulada *El condado de Mairena*, que ha sido un nuevo triunfo para el fecundo autor y para los ilustres artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza; en el Español, tuvo Ricardo Calvo el acierto de escoger para su beneficio *La vida es sueño*, que fué puesta en escena muy primorosamente. ¡Cómo dijo los famosos versos el gran actor! Ricardo Calvo, que declama como muy pocos, alcanzó en esta obra, que tan bien se amolda a sus facultades artísticas, la más alta sanción del auditorio.

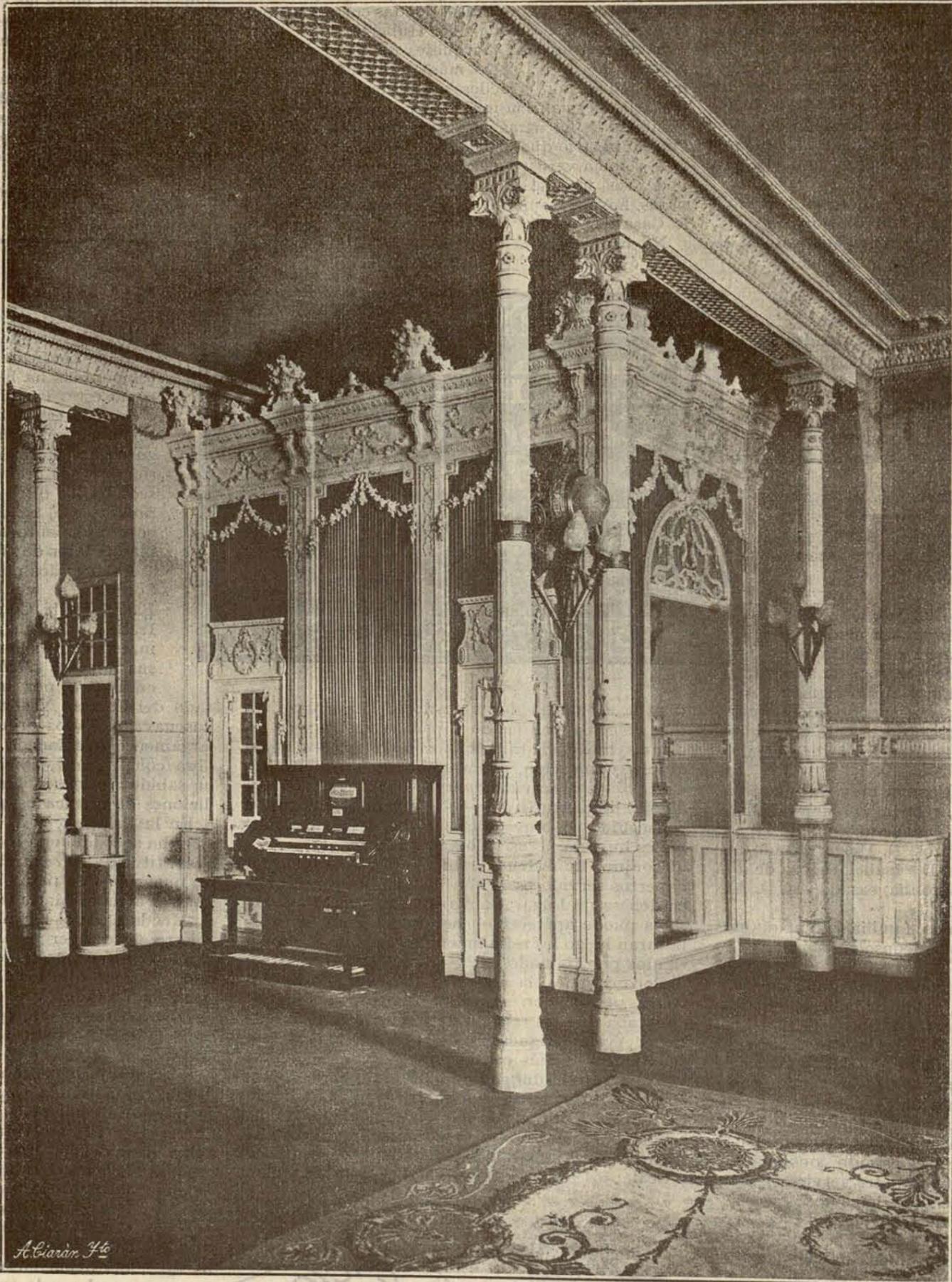
En Lara, Vilches, entregado por completo al drama chino *Wu Li Chang* ha olvidado ya hasta su propio idioma; pero el público, que le admira de veras, no le ha olvidado a él y no se cansa de aplaudirle a diario. Otro tanto ocurre con *El mundo es un pañuelo* en el Infanta Isabel. El que resulta un pañuelo, por lo chico—en comparación de la gente que a él acude—, es el teatro. Con obras como la de los Sres. Alvarez Quintero, el Infanta Isabel debía ensancharse; pero sólo se ensancha... de gusto.

De intento hemos dejado para el final la Zarzuela. Esperanza Iris, la célebre actriz mejicana, ha vencido clamorosamente desde el primer día. Sus operetas resultan *sui generis*, y ella atrayente en extremo. Guapa, graciosa, elegante, sabe bailar, sabe cantar, sabe dar extraordinaria vida a los personajes que crea. Tiene ese *no sé qué*, que a la postre no es otra cosa que talento, que justifica las ovaciones que recibe. Si a eso unimos una compañía muy cuidada y disciplinada y una gran presentación se tendrá el secreto de por qué está tan brillante la sala de la Zarzuela.



# CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS  
MARIA RIVERO, 11



A. Girón F.<sup>o</sup>

Un rincón de la espléndida sala de conciertos.

VENTA EXCLUSIVA DEL INCOMPARABLE

## PIANO MANUALO BALDWIN

Y DE LOS PIANOS STEINWAY Y ELLINGTON

## DOS RUEGOS

Querriamos dirigir un ruego a algunos de nuestros buenos amigos favorecedores de VIDA ARISTOCRÁTICA.

Querriamos decirles—toda vez que no puede haber molestia para ellos—que les agradeceríamos mucho que nos dispensasen el honor de abonar los recibos a la primera presentación de los mismos, pues, como contamos en Madrid con una suscripción bastante nutrida—gracias a Dios y a la bondad de nuestros amigos, ya que no lo achacamos al mérito que pueda tener nuestra Revista—, el ir dos y tres y cuatro veces a una casa trastorna y dificulta por completo la labor de nuestros cobradores.

Creemos poder ser complacidos sin violencia ninguna ni alteración de costumbres. Por eso lo rogamos.

Al mismo tiempo rogamos a los escasos subscriptores de provincias que aún no han enviado a esta Administración el importe de sus recibos, lo hagan a la mayor brevedad, por medio de libranzas del Giro Postal, para cerrar exactamente nuestros balances.

□ □ □

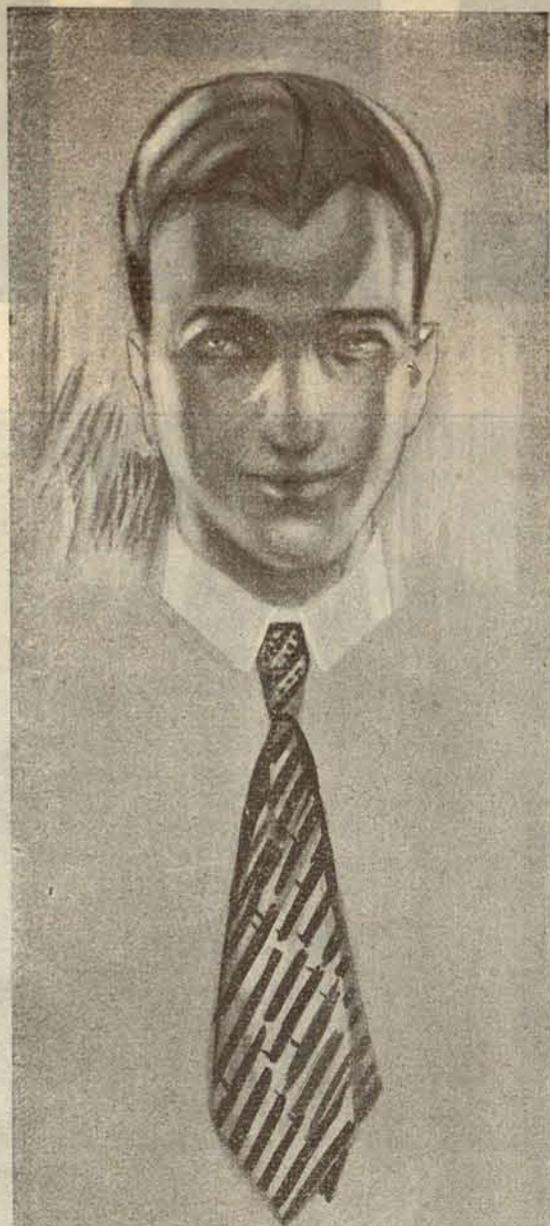
### NUESTRO NÚMERO SEXTO

Agotada la edición de nuestro número sexto—dedicado al gran festival en tiempos de Goya celebrado en el Teatro Real—, y ante el pedido de ejemplares con que nos vimos favorecidos, por ser considerado ese número como el álbum de la fiesta de recuerdo tan perdurable, hemos procedido a hacer una nueva tirada (no numerosa, y aprovechando el que aún no estaban las formas dadas a la distribución), que hemos puesto a la venta en las principales librerías, quioscos y en nuestra Administración, Goya, 3, teléfono S. 583.

No queremos hacer reclamos. Pero si queremos advertir al público que el que quiera honrarnos adquiriendo ejemplares... no se retrase en la adquisición.

Como contestación a los pedidos que se nos hacen de los números segundo y quinto, tenemos que decir que están totalmente agotados.

Los ejemplares de VIDA ARISTOCRÁTICA se venden al precio de **dos pesetas** en nuestra Administración (calle de Goya, 3) y en los principales quioscos y librerías.



New England

MADRID



Nota principal de la decena teatral, ha sido el estreno en el teatro de la Princesa, del drama de costumbres castellanas *Espigas de un haz*, original de ese brillante escritor costumbrista que se llama Rincón Lezcano y al que ya habíamos aplaudido, muy cariñosamente, por cierto, cuando en colaboración con Montesinos, estrenó en el Español, hace unos tres años *La Alcaldesa de Hontanares*.

No estará quejoso de su éxito el autor de *Espigas de un haz*. Es una obra honrada por su estilo, por su fondo, por su corrección, por su forma. Y, esto, señores, es ya bastante para que juntásemos nuestras manos en cariñoso aplauso. Así lo entendió el público y aplaudió también.

La sala estaba brillante la noche del estreno. En su palco estaba la condesa de San Luis con la princesa Pío de Saboya y la marquesa de la Romana; condesa de Pardo Bazán, las dos duquesas de Valencia y la señorita de Quiroga; marquesas de Guimarey y Villatoya y señorita de Aranda; condesa y conde de Limpias y señores de Goicoechea; marquesa de Valdeiglesias, marqueses de Jura Real y su hija; marquesa de Espinardo y señorita de Escobar y Kirkpatrick; señores de Ordóñez y de Mac-Kinley; marquesa de San Eduardo; marquesa de Casa Peñalver y señoras de Palomo y de Oltra; señoras de Benlloch, De Carlos, Navarro Reverter (D. Enrique), Alonso Martínez—con su linda hija Blanca—, Hernández Usera, Soriano Verdugo, Cánovas del Castillo (D. Jesús), Lanzarote... y todo el abono de estrenos.

Parecía difícil que en la disposición escénica de una obra de costumbres campesinas, cuya acción se desarrolla en una casa de labor castellana, pudiera hacerse nada que llamase la atención. Pero el talento artístico de Díaz de Mendoza, como director de escena, sabe sacar partido de todo.

La escena era una maravilla de ambiente y de propiedad. Las mesas, las sillas, los bancos y todos los demás elementos, parecían expresamente traídos de una casa de labor castellana.

La decoración en el castizo hogar, los sacos de trigo y de centeno, la gran portalada y los demás detalles, eran de un ambiente extraordinario.

Cuando el ganado regresa al establo y se escucha el sonar de las esquilas en la placidez de la tarde, creeríase que nos encontráramos en pleno campo.

Y ahora, a empezar la solemnidad del Sábado de Gloria. Beneficio de la gran María Guerrero y tres estrenos!

\*\*\*

Prométe verse muy concurrida la temporada de primavera del Real. Merece la Empresa verse ayudada del concurso de todos. Y creemos que será brillante no sólo porque es una tentativa simpática, sino porque nos proporcionará el placer de escuchar a Titto Schippa... Schippa el Deseado... como le llama alguien.

Muchos abonados han renovado sus palcos.

Nos alegramos mucho. Y sentir emos que no sean todos.

CASA HIDALGO  
CONFITERIA ARISTOCRÁTICA

MADRID

BARQUILLO, 9 - TELEFONO No. 16-60



Reconocida por el público de buen gusto como la mejor en cajas para regalar los dulces de Bodas, Bautizos y Cruzamientos, así como por sus riquísimos bombones y exquisitos marrons glacés

SIEMPRE TIENE PRECIOSOS OBJETOS PARA REGALOS

# PEELE



*Los productos Peele no  
necesitan  
usarlos  
una vez.  
reclamamos basta  
Gloria Sazo*

Los preparados «PEELE», Lociones, Cremas, Polvos, Pastas, Coloretos, Tinturas, Depilatorio, Elixires, Esencias, Colonias, Jabones, etc., etc., tienen fama mundial por su incomparable calidad y por sus efectos higiénicos, no conteniendo ninguna substancia perjudicial a la epidermis ni a la salud.

De venta en todas las perfumerías,  
principales farmacias, y en la

Proveedora de



la Real Casa.

**CASA PEELE, Soc. col.<sup>a</sup>**  
**MADRID**  
Carrera de San Jerónimo, 40

**IMPORTADORES EXCLUSIVOS**

para la ISLA DE CUBA: «La Tijera», Menéndez, Rodríguez y Cia., Muralla, 115-117, La Habana; para CHILE, BOLIVIA y EL PERU: Juan Mesquida Merce, Casilla, 2.257, Santiago de Chile; para las ISLAS FILIPINAS: Martini Drug. C.º Inc., Plaza Mayor, 29, Manila; para EL BRASIL: Daniel, Romero y Romero, Río de Janeiro.